

PROLOGO

La perfección de la caridad en el cristiano es la santidad misma. A ella han aspirado todos los santos de todos los tiempos, en cada circunstancia y en todas las ocasiones. Y es el impulso más profundo e instintivo que el Espíritu Santo inspira en el alma del cristiano y en el corazón del mundo. Por eso es más grave cerrarse a la caridad que a cualquier otra exigencia, aunque la resistencia a la caridad no se sienta tanto.

En estas notas sobre *La caridad*, espigadas de los diversos escritos de D. José Rivera, subrayamos, sobre todo, las notas de su vivencia de la caridad. Notas que el predicó continuamente: Universalidad, radicalidad, novedad y necesidad continua de purificación.

Dar hasta hacerse daño, hasta desgastarse es el ejemplo que nos ha dejado el último morir de D. José en la brecha de la entrega, caminando, de viaje, en el desgaste de cada día. Como él mismo señala, la postura de morir por el otro, que es la de Jesucristo, es el único punto de comparación de toda caridad que quiera ser verdadera. Esta es la radicalidad que D. José pretende siempre, mirando a Cristo y ahondando en el amor de "Los Tres".

De la universalidad es constante su enseñanza, como puede verse en estas notas. También es constante su ejemplo y ese tirar siempre a más, abrir el horizonte del misterio, de la fe, de la entrega a la totalidad. Ser continuamente ensanchado por el Espíritu en la caridad era su deseo continuo, como se ensanchaban sus visiones de la fe por el estudio y por la oración.

(Cómo no resaltar también su deseo de purificación para abrirse y abrir brecha al Espíritu Santo! Es ese derramamiento del Espíritu Santo lo que predica incansablemente, sobre todo, al llegar la celebración de Pentecostés, que él preparaba con especial intensidad de purificación y abnegación. (Que El haga su obra libremente, totalmente, sin obstáculos! Y en todos los hombres. Y en toda la Iglesia...

De la novedad, tendremos que señalar la claridad con que D. José arremete contra tantas formas de equivocar la caridad cristiana, tantos sucedáneos, que no son caridad, tantos rebajamientos que oscurecen el brillo de la caridad en los cristianos. Seguramente el peor pecado del cristiano hoy sea permitir tal desnaturalización de la caridad, que la hace irreconocible. Pues es por esta novedad del amor cristiano, por donde la Iglesia será eficaz en su misión evangelizadora.

Con algunos de sus versos todo esto se puede decir mejor:

*"Tan sólo Amor el Universo explica
Que sólo Amor construye el universo;
Y sólo Amor, en movimiento inverso,
Al hombre en unidad amante implica.
Sólo Dios es Amor, El unifica
Al hombre pecador que vive inmerso
En este mundo múltiple y disperso
Bajo Satán que rompe y que complica.*

*Fecundo Amor, amor y amistad vierte
Sobre el hombre disperso hacia la muerte
Y en amistad aúna dos caminos.*

*Y así si encuentras amistad,
Es más leve y gozosa la alta empresa
De avanzar en Verdad y Caridad".*

EL AMOR A CRISTO Y EL AMOR AL PRÓJIMO EN SAN JUAN

Es notorio que una de las peores desnaturalizaciones del cristianismo en nuestros tiempos es la radical incomprensión de la caridad. Suele llamarse caridad a cualquier tendencia natural no aparentemente egoísta; ello es una degeneración absoluta. Pero yo no quiero fijarme ahora sino en uno de los aspectos, que parece haberse deslizado incluso en las mentes de algunos exégetas de nota, en cuyos escritos, en la corriente purísima de la doctrina evangélica, se enturbia a veces el agua en frases equívocas. Dan la impresión de pensar que de hecho importa más amar al prójimo que a Cristo y al Padre.

Ahora bien, para fundamentar esta indebida primacía del amor al prójimo se acude sobre todo al llamado Discurso de la Cena del evangelista San Juan. Voy a examinar con cierta detención el texto de San Juan, para ver hasta qué punto es cierta esta preeminencia que, según podría concluirse de la lectura de nuestros intérpretes, presta San Juan al amor a los hermanos.

Los Capítulos 13-17 de San Juan forman sin duda un todo. Narran la última Cena del Señor con los Apóstoles.

En primer lugar una simple lectura nos da ya la impresión de que existe un clima de amor a Jesús, a este hombre concreto que ellos, por boca de Pedro, han confesado Hijo de Dios. Por lo pronto si están unidos entre sí es por relación a El; algunos de ellos antes ni siquiera se conocían; proceden de diversos estamentos.

En conjunto los cinco capítulos comprenden 155 versículos; de ellos la mayor parte con mucho se refieren a la relación personal de los discípulos con Jesús y no pequeña parte al amor de Cristo y del Padre entre sí y a ellos.

CAPITULO 13:

Tiene 38 versículos. Del 1 al 12 se narra la acción de Jesús con ellos: su disposición de amor hacia ellos (1-3), su acción del lavatorio (4-6), su discusión con Pedro que intenta impedir su acción (6-9), alusión a su acción en ellos (10, aparte del posible sentido bautismal, notar por 15,3 que la limpieza de los Apóstoles se debe a la palabra que Cristo les ha comunicado), comienza la explicación del acto realizado (12).

En la explicación (13-15) Jesús establece dos aspectos: Relación con El como modelo y relación entre sí. Si tenemos en cuenta que la relación de ejemplar toma en el Capítulo 15 un sentido ontológico y que Cristo se la hace

consciente, esto indica que incluso el "servicio al prójimo" queda asumido como partiendo de un acto consciente de asimilación a Cristo, de una intimidad con El, de un dejar que Cristo actúe en el discípulo. Pero esta asimilación va más allá del servicio al prójimo: llega a la representación (16.20) que debe causarles felicidad (17).

Cristo alude a un acto suyo: Elección con conocimiento de los Apóstoles (18) y comienza el anuncio de sus padecimientos para crear una relación con él de fe, de conocimiento (19).

Los versículos siguientes contienen la narración del inicio de la pasión. Jesús anuncia su entrega (21), los discípulos no entienden y preguntan y Jesús responde al que amaba (22-26), se dirige a Judas que sale sin que los demás entiendan (27-30).

En el 33, se habla de la búsqueda de los discípulos para encontrar a Jesús; y después se da el mandato del amor mutuo (34-35): Pedro quiere saber dónde va (evidente relación con El) y promete dar la vida por El (36-37). Con el anuncio de la negación acaba el capítulo. Notar todavía el versículo 8: "Si no te lavo, no tienes parte conmigo", donde la acción del lavatorio se recalca como una relación con Cristo.

Resumen: 38 versículos, de los que los 13 primeros narran el ser (13), la disposición (1-3) y la acción y las palabras de Cristo que fundan las relaciones con El y de los discípulos entre sí; 11 versículos aluden a la relación de los discípulos con Cristo: Tener parte con El (lo que por lo demás da un sentido de relación personal con El a toda la escena del lavatorio): 8-9. Semejanza con El: Deben imitarle conscientemente (14,16-17). Representación de El ante los demás (que indica ya aquí participación en su destino): 20. Crecer en su personalidad (19). Búsqueda de Cristo, hasta la muerte, si es preciso (33.36-37).

No se puede negar que todas estas expresiones implican amor a Cristo: Buscar a una persona hasta dar la vida por ella, asimilarse a ella, tener parte con ella, aceptar su representación ante los demás, conocerla... son en sí manifestaciones bastante claras de amor, mucho más claras y manifestativas de un amor más intenso, si se dan unidas.

Cuatro versículos se refieren a las relaciones mutuas entre los discípulos: Deben servirse unos a otros, como Cristo ha hecho (lo cual da este sentido a toda la escena del lavatorio y además indica una postura de entrega hasta la muerte a los demás, dado el sentido del acto en Cristo): 14-15. Deben amarse unos a otros y eso es distintivo de los apóstoles como tales: 34-35.

CAPITULO 14:

Tiene 31 versículos. 18 se refieren a la relación de los discípulos con Cristo: Deben creer en él: 1 (con el sentido de adhesión personal), 29. Estar con él: 2-3. Ser morada de él: 23. Conocerle: 7.9.11.12.20: Pedir en su nombre: 13.14. Verle: 19.20.22. Tener su mandato: 15.20. Tener su palabra: 23.24. Tener su paz: 27. Amarle: 15.20.23.24.28.

Ningún versículo alude a la relación entre los discípulos.

CAPITULO 15:

Tiene 27 versículos. 16 hablan de la relación de los discípulos con Cristo: Estar en él como el sarmiento en la vid: 2.5. Permanecer en él: 4.6.7. Permanecer en su amor: 9.10. Estar con él: 27. Ser amigos: 14.15. Ser discípulos: 8. Ser semejantes, hasta sufrir persecución, participar de su destino: 18.19.20.21.

Dos versículos hablan de las relaciones de los discípulos entre sí: Mandato de amarse: 12.17.

CAPITULO 16:

28 versículos, en total. Se refieren a la relación con Cristo 17 de ellos. Se constata el hecho de su actual tristeza por perderle: 5.6.20.21.22. Semejanza y participación en su destino: 2.3. Verle: 16.17.18.19. Creer y conocer: 30.31. Pedir en su nombre: 23.24.26. Amarle: 27.

Ningún versículo referente a la unión de los discípulos entre sí.

CAPITULO 17:

26 versículos tiene. Aluden a la relación del discípulo con Cristo 22. Le han sido dados a El por el Padre: 2.6.9.10.12.24. Creer en él (fórmula de adhesión personal), conocerle: 2.3.7.8.25. Semejanza y participación en sus posturas y destino: 14.16.22. En su misión: 18. En su consagración: 19. En su gloria: 22. En su alegría: 13. Estar con él: 24. Ser uno con él: 21. Amarle: 26. Tenerle en sí: 23.

Aluden a la relación de los discípulos entre sí: 4 versículos. Petición de la unidad entre ellos: 11.21.22.23.

Si resumimos en visión total, la impresión no puede ser más viva, ni la

idea quedar más clara. En el bloque de los cinco capítulos, hay 155 versículos. De ellos sólo 10 versículos se refieren a las relaciones de los discípulos entre sí:

CAP. 13,14: "Pues si Yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. (15) Os he dado ejemplo para que vosotros hagáis también como Yo he hecho con vosotros".

34: "Os doy un mandato nuevo: Que os améis unos a otros. Como os he amado yo a vosotros, amaos también unos a otros. (35) En esto conocerán que sois mis discípulos: en que os tengáis amor unos a otros".

CAP. 15,12: "Este es mi mandato, que os améis unos a otros, como yo os he amado".

15: "Esto os mando: que os améis unos a otros".

CAP. 17,11: "...guárdales en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno como nosotros".

21: "Para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en tí; que ellos también lo sean en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado".

22: "También les dí a ellos la gloria que me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno".

23: "Yo en ellos y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y les has amado a ellos como me has amado a mí".

En suma: Se presenta el amor al prójimo (entre los cristianos; no habla de los de fuera, sino indirectamente, lo cual tiene, sin embargo, muchísimo valor) como un **precepto nuevo** (13,34), especial de Cristo (15,12.15).

Este amor es una participación del amor de Cristo a los suyos, a ellos (13,34; 15,12. Notar que el como castellano tiene en griego valor causal; el amor de Cristo no es mero modelo, sino causa). Y eso conscientemente: Es algo advertido.

Este amor lleva al servicio como Cristo (hasta la muerte según el sentido de la escena del lavatorio: 13,14-15).

Este amor es una señal distintiva en que se conocen los discípulos de Cristo (13,35. Notar que no se dice que sea la única).

Este amor consiste también en la unidad mutua: forman una sola cosa (17,11.21.22.23).

Esta unidad mutua, sin duda consciente, es fruto, consciente, de la unidad del Padre y del Hijo (17,11.22), a los cuales están conscientemente unidos los discípulos de Cristo (17,21).

Esta unidad es fruto, por tanto, del amor del Padre (17,23), que los guarda (17,11), fruto de la participación de la gloria que reciben de Cristo (17,22), a quien pertenecen como dados por el Padre y, por tanto, con la misma conciencia de ambas cosas, como la que debe presidir el amor mutuo (17,11), y es una señal manifestativa de que el Padre ha enviado a Cristo (17,21.23). La unidad de unos es la conversión del mundo. No es difícil concluir que la unidad de los discípulos tiene por objeto final la gloria del Padre y del Hijo.

Notar que en 6 de los 10 versículos, la unión entre los cristianos tiene como fundamento la unión con Cristo. Con el mismo grado -tenemos derecho a suponer- de conciencia.

Si frente a estos 10 versículos, que se refieren explícitamente a las relaciones de los cristianos entre sí, hacemos el recuento de los que aluden a la relación inmediata con Jesús, encontramos 82.

Tales relaciones con Cristo están expresadas como: Tener parte con él (1), participar de su misión y destino, representarle, en una gradación de expresiones que se refiere al sufrir por él la persecución, el odio del mundo (14), creer en él (8); conocerle (11); verle (8); participar de sus bienes: Mandato (2), palabra (1), paz (1), alegría (1), gloria (1); buscarle (eso hasta la muerte, si es preciso, tal es la disposición actual de Pedro) (3); pedir en su nombre (5); ser discípulo suyo (2); ser amigos suyos (2); estar con él, donde él (4); estar en él (3); permanecer en él (3); tenerle a él en sí (2); permanecer en su amor (2); amarle (7).

Notar que se parte de una relación actual en que los discípulos están tristes por la separación anunciada (5) y dispuestos a buscarle aun dando la vida (3).

Habría que explicar los términos, al menos algunos, tales como creer, ser discípulo, conocer, mandato, para valorar hasta qué punto son expresión de posturas de relación amorosa. Valga por todas esta nota: El guardar los mandamientos es según, los textos mismos, una consecuencia del amor de tal manera que sirve de señal del amor de Cristo al Padre y éste es la norma de nuestro amor a Cristo (15,10). Y Notar que el conocimiento en San Juan es una

expresión de intimidad amorosa, es trato, experiencia mutua (cfr. 10,15). Nótese que cabalmente por estos versículos aludidos sobre los mandamientos, el mismo mandato del amor al prójimo queda establecido como una consecuencia del amor a Jesús (y no solo del amor de Jesús a nosotros).

Ahora, para cualquier lector, nada impuesto en los secretos de la exégesis, si el recorrer en el breve espacio de 155 versículos (que pueden ocupar unas 10 páginas de un libro corriente, más bien de formato pequeño), la exposición de unas relaciones personales, cuyo vocabulario expresa amistad, conocimiento, fe en el otro, estar con el otro, tener el propio interior los bienes del otro, tener al otro mismo en sí, participar de su empresa y su destino hasta la muerte, buscarlo aun con peligro de la vida, recibir todas sus confidencias, asimilarse a él, realizar en él y por él todas las demás relaciones (pedir en su nombre, amar a los demás por imitarle y seguir su precepto), tener la vida por la unión íntima con él, estar triste por su ausencia, amarle... no le sugiere que se le está hablando de un amor a ese hombre sobre todo lo imaginable, anterior a cualquier otro amor, declaro que soy incapaz de entender nada que se me pueda decir.

El amor al prójimo es el precepto de Cristo, es consecuencia del amor a él y por tanto manifestación de su amor; pero el amor inmediato a Jesús, al hombre Jesús allí presente que habla a sus amigos, a los que él ama, con su corazón de hombre, hasta el extremo en todos los sentidos, el amor inmediato a Jesús hombre, Hijo de Dios, digo, es la razón de que el Padre nos ame (16,27; 14,21), de que venga con Cristo mismo a morar en nosotros (14,23) y de que Cristo le quiera y se le muestre a él (14,21).

Es claro que se habla expresamente del amor a Jesús. En todos los textos, menos en 16,27, que se emplea **filein**, se emplea **agapan**; ello tiene su importancia para los que distinguen matices en el sentido de ambos; pero es el mismo verbo que se emplea en los textos del mandato de amor mutuo.

Todo esto tiene una expresión muy clara y concreta en el capítulo 21 del Evangelio del mismo Juan, en la escena que nos narra la conversación de Jesús con Simón Pedro (vv. 15-19).

El supuesto lo encontramos en el capítulo 10 del mismo Evangelio: Ser Pastor es ser conocido por el Padre (conocimiento amoroso) y conocer amorosamente al Padre; es por consecuencia (**kathós**: causal) conocer a las ovejas y ser conocido por ellas; y esto es también un conocimiento amoroso a cada una de las ovejas; hasta tal punto amoroso que el Pastor da a las ovejas la vida eterna (que es El mismo, su propia vida) y da por ellos su vida temporal.

Y tal es la misión de Cristo: Ser Pastor de todas las ovejas, de todos los

hombres. Es claro que no puede haber mayor amor a los hombres y así lo declara expresamente Jesús mismo, llegado el momento de dar la vida (15,13), pero además declara expresamente -en el mismo discurso de despedida que hemos analizado en dos de sus aspectos- otras facetas de este amor: Intimidad ontológica (v.gr. 15,1-6), psicológica, comunidad de todos los bienes...

Ahora bien Cristo comunica a sus apóstoles la misión pastoral recibida del Padre (20,21-23); pero a Simón Pedro se la comunica en un sentido especial, supremo. Es patente que si todos los discípulos han de amarse, Simón Pedro, que ha de ser el Pastor, habrá de amar con especial intensidad y con un amor que ha de extenderse a todos, para que se constituyan en la Iglesia del Pastor único, Jesús.

Pues bien, en el acto mismo de la colación de tal sumo cargo, Jesús no le habla a Pedro una sola palabra del amor a los hombres; le pregunta por tres veces si le ama a él, al hombre Jesús resucitado, a quien el mismo Pedro ha confesado Hijo de Dios (21,15-17). Luego le anuncia su muerte y le ordena que le siga. Claramente hay alusión a las tres negaciones de Pedro y a su promesa -fallida- de dar la vida por Jesús, por seguirle (13,36-38). Por cierto, que en el apacentar las ovejas, en el dar la vida, en el seguir a Cristo se contiene el mayor amor a cada hombre que pueda darse. Pero ello es una consecuencia del amor personal al hombre Jesús Hijo de Dios. Si Pedro vacilara en su amor a los hombres, ello sería prueba clara de que no amaba a Jesús; pero no basta con amar a los hombres de cualquier manera, aunque fuera hasta la muerte, si tal amor no es consecuencia del amor de amistad, vivido sobrenatural, pero humanamente, con el corazón, con ansia, con gozo, con tristeza, con confianza, con intimidad consciente, a Jesús.

Podemos lanzarnos a la tarea apostólica en la medida en que humilde (porque viene de El, no de nosotros), pero sinceramente podemos decir que gozamos de ser amados por este hombre y le amamos a El cordialmente. A este hombre, re-presentado en cada hombre de diversas maneras, pero que no es ninguno de los otros hombres, que es solamente El y que "me amó y se entregó a la muerte por mí".

(Apuntes de estudio personal).

AMOR AL PRÓJIMO

Este es el elemento secundario de la caridad y, sin embargo, es el más "complicado". Tener caridad es sencillísimo, pero analizarla parece muy complicado. Es necesario este análisis para entenderla y explicarla mejor.

I.- **Origen:** La caridad es en nosotros la vida divina en su dimensión fundamental (virtud teologal). Es la realidad principal de la vida divina, la perfección con la que muchos autores la identifican; es la esencia misma de la vida sobrenatural cristiana.

Al recibir la gracia santificante en el Bautismo, recibimos la gracia de la presencia de las Personas divinas (Inhabitación) y su misma vida divina.

Esta vida divina hace que podamos no solo ser hijos de Dios, sino actuar como tales, mediante las virtudes, que son como dinamismos y tendencias que desarrollan en nosotros todas las virtualidades y perfecciones de esa vida divina.

Las principales virtudes son la fe, la esperanza y la caridad. Y de ellas la caridad es la más excelente (I Cor.13,13). La fe se hará visión; la esperanza, posesión; y la caridad permanecerá para siempre.

II.- **Es una sola virtud con dos aspectos:** Amor a Dios y al prójimo. Una sola fuente con dos orientaciones.

Es el amor que Dios nos tiene, que se manifiesta en Cristo y que se produce en nosotros por la efusión del Espíritu Santo. Esta novedad de vida se apoya firmemente en la profunda convicción de que Dios nos ama en Cristo: *"Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene"* (I Jn.4,16).

Si recibimos esto, en primer lugar amamos a Dios y como consecuencia a los hombres. No es cuestión de primer lugar en sentido primeramente moral, sino en el nivel ontológico: amo porque soy y en la medida en que soy **hijo de Dios**.

Virtud infusa: esto significa que no es la caridad algo que podamos producir nosotros, sino que es **don de Dios**, es algo que El tiene que producir en nosotros.

Por eso, aunque en la Escritura se invita a la caridad con expresiones exhortativas o imperativas, en su sentido más profundo esas expresiones significan: "Date cuenta de que tienes esto, que yo te estoy comunicando y que te impulso a que lo actúes". Por eso toda exigencia en la vida cristiana, como algo desde fuera, es metafísicamente contradictoria.

III.- **La caridad** se sitúa en la elección eterna de Cristo por las Personas

divinas. Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo han elegido amorosamente al hombre Cristo. Por eso el Espíritu Santo mueve a Cristo necesariamente y Cristo lo recibe continuamente.

Cristo nos comunica este Espíritu Santo, para toda la eternidad, y produce en nosotros la vida eterna, cuyo elemento principal es la caridad.

Esta caridad, producida en nosotros por el Espíritu Santo, nos lleva a una nueva relación con los hombres.

IV.- Caridad no es filantropía: Filantropía es el amor al hombre movido por el espíritu humano, propio del hombre. Es fruto de que unos seres humanos tienen tendencia amorosa a otros hombres como semejantes.

No puede llegar a mucho pues la connaturalidad con un semejante no es connaturalidad con uno mismo.

Los motivos y los fines de la filantropía son plenamente humanos.

La caridad es radicalmente distinta, pues es el amor que procede inmediatamente del Espíritu Santo y que va a otros que tienen el mismo Espíritu Santo que yo, como a alguien que es una sola realidad conmigo (porque somos personas humanas unidas por la misma Persona divina).

En teoría el hombre podría tener filantropía. Pero esto de hecho no se da: Porque o hay déficit en la filantropía (la filantropía sin más es un pecado en el cristiano, porque está funcionando cristianamente por debajo de lo que le corresponde; cuando uno no está en gracia, está en pecado, no hay sola filantropía, sino mezcla de egoísmo, de pecado...) o ésta queda elevada por la acción del Espíritu Santo.

El hombre en gracia sigue teniendo tendencia al pecado. Según esto hay actos que coinciden **en cuanto al objeto** con la caridad, pero que en cuanto a los motivos no tiene por qué coincidir.

Motivos posibles:

- Vanidad.
- Comasión: es un acto sensible.
- Filantropía: no tiene relación con la vida eterna. No justifica.
- Movido por la gracia actual: no es acto de caridad, pero prepara para recibir la justificación, aunque no merece.
- Por caridad: justifica.

Muchas de las cosas que llamamos filantropía son pecados veniales sin más.

Hay que procurar que queden las ideas claras, porque la perfección de la vida cristiana es la perfección en la caridad.

Un peligro de la caridad es que puede coincidir materialmente con actos pecaminosos,... porque el hombre es muy complicado.

Y otro peligro es caer en dos extremos:

-Alabar a la gente, pensar que son buenos por las cosas objetivas que hacen.

-Pensar que las obras buenas de un pecador no sirven para nada.

V.- **Virtud de la voluntad:** no está definido que la caridad sea una virtud de la voluntad, pero en la explicación teológica de Santo Tomás y otros, eleva la voluntad.

Para crecer en caridad, es preciso actualizar cada vez más los motivos, los criterios verdaderos.

***Respecto del entendimiento:** Cultivar la visión de fe, en su totalidad, que me presenta a los demás como amables; es la amabilidad de la vida cristiana.

Al residir en la voluntad ha de tener un presupuesto en el entendimiento, que es la fe.

Hay que proponer la caridad como un movimiento de Dios en la voluntad del hombre, en connaturalidad con la realidad. Como la voluntad tiende al bien, será más fácil actuar en caridad; más fácil, es decir más atrayente.

Existe el peligro de sustituir el Bien supremo por otros bienes concretos que atraigan mi voluntad.

Actitud concreta:

-Actos positivos no necesarios: no debo hacerlos hasta que no me atraigan.

-Actos positivos necesarios: he de hacerlos y esperar la gracia de Dios confiadamente.

-Actos malos: reprimirlos, aunque no pueda hacer más.

En la práctica es mucho más importante ejercitar la fe que la caridad. Porque muchos pecados son más bien contra la fe que contra la caridad.

La caridad crece **por los sacramentos**: Eucaristía, aumenta la caridad y disminuye la concupiscencia. Penitencia: conciencia de la necesidad de ser curado: humildad y confianza. Frecuentarlos devotamente.

También **por la oración**.

***Respecto a la sensibilidad**: La sensibilidad está movida por lo que le ofrecen los sentidos externos e internos. El hombre tiene sensibilidad para estar ordenada al entendimiento y la voluntad. Con una cierta educación por la acción de la gracia, la caridad llega a empapar la sensibilidad como consecuencia.

VI.- Amor al prójimo por Dios:

Esto no significa que hay que portarse bien con el prójimo porque lo manda Dios. Significa más bien que es Dios mismo quien me infunde este amor.

Este amor se define como tendencia a la unidad perfecta, que se complace en la perfección del otro.

Ya queda apuntado que la caridad incluye tres aspectos:

- Amor a Dios.
- Amor a sí mismo.
- Amor al prójimo.

La caridad es movida espontáneamente por los tres. Si se excluye alguno de los tres, entonces no hay verdadera caridad.

Unidad: tendencia a la unidad del otro, como a alguien que es una cosa conmigo, no como extraño, sino como a alguien a quien estoy unido en Cristo. Plauto: *"Soy hombre; nada de lo humano me es ajeno"*. En un cristiano esta filantropía es déficit, porque es hijo de Dios.

Se trata de estimar como propio (con el entendimiento y la sensibilidad) lo de los otros.

Algunas consecuencias:

- Se liquida la envidia.
- No hay lugar para la propiedad privada.

Pero para esto tengo que amarme a mí mismo primero. Cuando uno quiere a otro, está a gusto con él; pero hay muy pocos que estén a gusto solos, consigo mismos, que se aguanten a sí mismos. Esto ha de ser así, porque es participación del amor que Cristo me tiene a mí. Y por eso verdaderamente puedo

amar a los demás cuando tengo conciencia de que Cristo me ama a mí, se complace en mí, en estar conmigo, en perfeccionarme, aunque no se complazca siempre en cada cosa que hago. Cuando tengo este amor asimilado, me complazco en mí mismo y lo voy entendiendo en los demás.

VII.- Participación de la caridad de Cristo:

"Amaos los unos a los otros como Yo os he amado".

Es amor de la misma especie que el de Cristo.

Esperar recibirlo de El, porque nosotros no podemos recibirlo, ni producirlo por nosotros mismos.

VIII.- La caridad es UNIVERSAL: en cuanto a las personas, en cuanto al objeto, en cuanto a las energías y hasta el final.

1.-En cuanto a las personas:

Me lleva a amar a todos y cada uno. Lo que el ser humano no puede hacer es interesarse a la vez por los de cerca y los de lejos. Porque el temperamento me hace tomar interés o por las personas concretas o por la comunidad humana; normalmente suele predominar uno de los dos aspectos. En cambio la caridad sí que puede hacerlo, porque es participación del amor de Cristo que ama a todos y cada uno de los hombres.

Antiguo Testamento: Dios ama, es Padre del pueblo de Israel.

Nuevo Testamento: Dios Padre ama a cada uno en Cristo su Hijo.

Nos resulta difícil concordar el amor a cada uno con la preocupación comunitaria, porque nos resulta difícil pensar en nosotros mismos como miembros de la comunidad; pensamos excluyendo: O en nosotros mismos o en la comunidad.

Amor a cada uno como es: La caridad es universal, persona por persona, momento a momento. Llegamos al interés por todos por el amor a cada uno: *"Cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, conmigo lo hicisteis".*

Por esto la excesiva organización oscurece el esplendor de la caridad, su

expresividad.

Uno por uno: Amor personal, uno por uno. Comenzando por la Virgen, los santos, las almas del purgatorio, las personas de la tierra.

Otra cosa distinta es que en un momento concreto tenga que reconocer que no puedo atender a todos, porque tengo poca caridad, pero que ni el número me haga perder la conciencia de la singularidad, ni al revés.

2.-En cuanto a los objetos:

La caridad abarca cualquier objeto que vemos que entra en los planes de santificación de Dios.

Tener en cuenta para este discernimiento, no sólo la realidad objetiva, sino también la subjetiva: Qué le viene bien a cada uno, lo que le conviene realmente a cada uno.

Tenemos muchas necesidades que nos hemos creado, sobre todo psicológicas. Con los demás existen dos posibilidades: Educar al individuo para que prescindiera cuanto antes de esas necesidades. Si no se puede, darle el capricho, como nos gusta que nos lo den a nosotros. Porque la caridad atiende a cada uno como es.

El amor disfruta con dar para que el otro haga lo que quiera. No es el arte de no dejarse engañar por los pobres. Ciertamente Cristo no actúa así con nosotros; Dios no ha convertido su amor para con nosotros en el arte de no dejarse engañar. Nos ha dado muchísimas cosas que hemos usado mal y El lo sabía perfectamente.

Lo que procede del Espíritu Santo es "dad y se os dará". Por esto el método natural para tener es ahorrar; el sobrenatural es dar.

Tenemos muchas cosas que dar: Tiempo de que disponemos, por ejemplo, para aprovecharlo para pedir y alcanzar gracias para los demás y para dar mejor en el futuro (Oración, mérito, intercesión, testimonio).

En los últimos tiempos los Papas han insistido mucho en la universalidad de la caridad, precisamente porque los medios y las posibilidades son mayores: Facilidad de comunicaciones, proximidad física muy facilitada...

Es preciso desarrollar una mayor conciencia de la necesidad de atender a los demás; una conciencia más viva de que lo tengo, en cuanto tenido, se lo estoy quitando a alguien. Por eso cuanto antes "me vacíe", mejor. "El que teniendo bienes de este mundo, ve a su hermano pasar necesidad y le cierra las entrañas,

)cómo diremos que la gracia de Dios habita en él?")Y teniendo bienes también del otro mundo?

La caridad cristiana funciona compartiendo también y sobre todo los males ajenos. Es lo primero que hizo nuestro Señor Jesucristo.

Es preciso no tener, a no ser que me conste positivamente que Dios quiera que tenga. Es decir, es para tener para lo que hay normalmente que pensárselo dos veces o las que hagan falta... En cambio, para no tener, la tendencia debería funcionar más fácil y espontáneamente y también más confiadamente.

Tener en cuenta que llamamos pobre a cualquier situación o persona y no al que realmente carece de lo necesario.

A los sacerdotes les corresponde un testimonio urgente de pobreza (como de todo), que llegue incluso al desinterés por la ciencia, alcanzando gracias para los que no tienen y para los que tienen.

Los sacerdotes renunciamos a los bienes naturales, para que los que los tienen, los den y alcanzamos gracias para que los que los reciben, los usen bien y los que los dan lo hagan con caridad.

Cualquier cosa puede ser objeto de la caridad: Esto facilita enormemente la rapidez del crecimiento en la caridad, en la santificación. Porque cualquiera representa a Cristo: "Tuve hambre y me distéis de comer..." Los objetos pueden ser muy pequeños, pero son continuos.

Cristo me mueve a que actúe viendo lo que el otro tiene de Cristo: "Respetaos unos a otros y teneos unos a otros por superiores". Como el trato de un miembro del cuerpo a otro. Cristo me mueve a verle en el otro, en el prójimo.

Consideración especial y psicológica: El individuo que está viendo su pecado realmente, no puede pensar que son malos los demás; él se considera siempre peor. Esto les ha pasado a todos los santos.

Se trata en primer lugar de ayudar a otro, en cualquier cosa, para lo que Cristo me mueve a estar pendiente de los demás: Esfuerzo de comprenderlos, de ponerme en su lugar para poder dar al otro lo que realmente le conviene, le puede ayudar.

También esfuerzo de dejarme ayudar, dejar que los demás ejerciten la caridad conmigo. Porque la caridad es una comunicación: Disfruta tanto dando como recibiendo, pues el que sólo quiere recibir es un egoísta y el que sólo quiere dar es un soberbio. Esto significa que a veces tengo que dejarme ayudar en cosas que no me gustan.

Ayudar no es exactamente agradar. Sí debo ayudar, aunque desagrade.

La caridad, según esto, no es ir a molestar, pero tampoco evitar la molestia a toda costa. No es caridad el agradar sin más, ni el evitar molestar sin más. El principio de la caridad es ayudar, no si molesta o no. Sucede que siempre que uno hace algo bueno, molesta a algunos de alrededor. El cristiano ha de tratar de agradar al otro siempre que sea exclusivamente cuestión de agrado mío o del otro.

La caridad así vivida supone una abnegación continua, que lleva indefectiblemente por el camino de la esclavitud. Esclavo es el que no tiene ningún derecho, no tiene derecho a nada. Sólo Dios tiene derecho sobre mí y por eso también lo tienen los demás. Cada uno tiene que respetar los derechos de los demás, porque son los derechos de Jesucristo en ellos.

Esto es lo que significa positivamente la caridad: Negativamente significa que no hago nunca mi propia voluntad, en cuanto autónoma, sino la de Cristo. Es dejarse manejar: Mientras no conste que Dios quiere otra cosa, la voluntad de Dios viene por los demás. Cristo no sobresale por buscar positivamente sufrimientos, sino por dejarse manejar. Hay ocasiones continuas para esto.

CRITERIOS:

El bien espiritual mío por encima de todo.

El bien material mío después del bien espiritual del otro.

El bien material mío después del bien material del otro.

La caridad no es que yo actúo viendo a Cristo en el otro. Es Cristo que me ama a mí y me concede la gracia de tener caridad. Cristo está en el principio y en el final, pero lo más importante es el principio.

3.- En cuanto a las fuerzas y las virtudes:

FUERZAS: Que sean todas. Todas las fuerzas están al servicio de la caridad.

A) **Entendimiento:** Ha de estar tendido a los demás, a la identificación con ellos, deseando su bien, teniendo en cuenta quién es el prójimo y cuál es su bien.

Esto lleva consigo un deseo de comprensión: Procuero comprender al otro. Y en esta comprensión se acierta siempre que uno está movido en todo por el Espíritu Santo. Nunca es total la comprensión, pues nunca sé perfectamente lo

que le conviene al otro o a mí. Y cuidando esta actitud terminan, desaparecen la dispersión y el nerviosismo.

Pero podemos actuar como si comprendiéramos, como la mano del cirujano actúa como si entendiera, mientras que el que entiende es el cirujano, su cabeza. Es cuestión de dejarse mover por Cristo.

Por esto la caridad nos remite continuamente a Dios.

El sacerdote, en el confesonario, o está en esta segunda actitud o no hace nada, porque se le acerca mucha gente que no conoce, pero el Espíritu Santo sí. Debe haber una acción continua del Espíritu Santo. Somos miembros del Cuerpo de Cristo y el Espíritu Santo mueve a cada uno sin que tenga que saberlo necesariamente para el bien común. Nunca lo entenderemos suficientemente. Igual sucede, por ejemplo, en las predicaciones: ¿Qué decir para que haga efecto? No lo sabemos exactamente.

La regla primera para conocer a los demás es la fe: Es dejarse aproximar. Eso sucede por el estudio de la teología, que en el Seminario tiene también esta finalidad: hacernos crecer en la caridad pastoral. Pero sucede también por la psicología, pues Dios ha querido revelarnos también por aquí qué es de verdad el ser humano. La norma es que cuando lo que dice un psicólogo coincide con la Revelación es verdad.

Hay que estudiar la psicología suficientemente. Sería soberbia creer que se me va a ocurrir a mí lo que ha pensado la humanidad en tantos siglos. El Espíritu Santo no suele dar de golpe lo que podemos adquirir dejándonos mover por El en el estudio. Hay que estudiar y no esperar gratuitamente milagros. El Espíritu Santo no supe nuestra vagancia, pero sí da sin medios aquello para lo que no nos da los medios.

También conocemos al prójimo por el trato personal. Trato con el individuo como persona. NO basta estudiar psicología o sociología, ni tratar simplemente con grupos, ni conocer los ambientes. Es necesario el trato personal, uno con uno y a nivel personal.

B) Voluntad: La caridad está radicada en la voluntad.

En esta época no es lo peor que haya poca vida espiritual, sino que no hay ni siquiera rectitud moral y por lo tanto no se puede elevar nada o casi nada. Lo peor en sí es lo primero; en la práctica es lo segundo.

La gente no entiende lo que es la caridad, porque sitúa el amor humano en la sensibilidad, convirtiendo algo volitivo en algo sensible: Que produce gusto o se capta por los sentidos.

El verdadero querer se manifiesta en las obras, pero hay actitudes

intensas que no pueden manifestarse y actos que no son manifestativos. El mundo, por ejemplo, es obra de Dios y manifestación suya, pero llegamos a conocerle poco por esta revelación natural.

C) Sensibilidad: No es lo esencial, pero tiene que ser integrado normalmente en la realización de la caridad. Por ser humana está influida por el entendimiento y la voluntad. La sensibilidad tiene que llegar a funcionar espontáneamente influida por la fe.

La realidad que me muestra la fe se me impone y llega a la sensibilidad. Hay que tener paciencia para llegar a esto, porque la sensibilidad no siempre funciona adecuadamente. En lo que a la caridad se refiere, un cristiano tiene que llegar a tener simpatía por cualquiera, a estar a gusto con todos, porque Dios ama a las personas, aunque le desagraden actitudes o actos de ellas.

D) Instintividad: La caridad ha de funcionar sin ningún trabajo, sin razonamientos. Cuando la caridad es instintiva, se ha creado un instinto especial, formado de arriba a abajo y que funciona siempre. Este instinto se forma partiendo de la persona, no de la naturaleza.

Por ejemplo: No es que he visto a un hombre morir de hambre, sino que sé que hay hombres que se mueren de hambre y me repugna comer bien. La reflexión hay que hacerla para ver si Dios quiere que coma para seguir funcionando. Y lo mismo con todo. Instinto a gastarse, a gastar las fuerzas por amor a los demás. No es cierto que haya que cuidarse para poder ayudar más; hay que vivir en el día de hoy.

Y todas estas fuerzas, en grado creciente.

VIRTUDES: La caridad asume todas las virtudes. La fe y la esperanza sin caridad están muertas.

La caridad es la forma de todas las virtudes cristianas. La forma es lo que constituye algo en la línea del ser que le corresponde. Cada virtud tiene una forma, según el bien que le es propio, pero esto todavía no las hace virtudes cristianas. Forma es la caridad y la gracia santificante. Cuasi-forma es el Espíritu Santo.

No se puede tener caridad sin tener las demás virtudes cristianas: Cualquier pecado mortal, en cualquier materia, basta para dejar al individuo sin todas las virtudes.

Mérito: Cuando se ejercita una virtud, se merece gracia, pero siempre en proporción a la caridad que lleva el acto.

Los motivos de la caridad han de estar presentes en cada acto, aunque no necesariamente de manera racional. Cuanto más explícito sea el motivo de la caridad, más meritorio es el acto.

Cuando un acto cuesta, se debe a que actuamos por varios motivos a la vez, que nos dividen, nunca por uno solo. Puede indicar que se tiene caridad, cuando se hace un acto de caridad, aunque cueste; ciertamente indica más caridad que si no se hace. Pero el que cueste indica precisamente que se tiene poca caridad, pues el costar no añade nada al acto. Los actos van valiendo más, en la medida en que la caridad hace que nos vaya costando menos, hasta que no cuesten.

Manifiesta caridad el que uno haga cosas que le costarían, pero que no le cuestan, porque tiene caridad. Esto tiene valor expiatorio. Estos actos merecen y nos disponen a recibir de Dios, según la vida que tenemos.

Lo que se discute es si el mérito se recibe inmediatamente: Los que se fijan en el mérito como algo jurídico, dicen que sí. Los tomistas, para quienes el mérito es algo primeramente ontológico, dicen que no tiene por qué. Si uno actúa bien, pero por debajo de su capacidad, no crece, no merece.

Podemos ver la analogía de las fuerzas físicas: Si no se ejercitan nada, se anquilosan. Si se ejercitan por debajo de las capacidades, se va perdiendo fuerza. Si se ejercita la fuerza que se tiene, se crece. Si se ejercita más de lo que se puede, se enferma.

Por la experiencia: Parece que los actos hechos con menos caridad de la que se tiene, no producen crecimiento; solo impiden que se caiga del todo. Es muy posible. Lo absolutamente cierto es que sirven para muy poco. Basta ver la cantidad de actos objetivamente buenos que hacemos y lo poco que crecemos.

Es preciso procurar actuar con toda la caridad, con todo el interés.

Para que una virtud sea virtud humana, es preciso que sea razonable, es decir, informada por la razón. Para que una virtud sea cristiana, es preciso que esté informada por la caridad, participada de Cristo, movida por el Espíritu Santo.

Cuasi-forma: El Espíritu Santo.

Cuasi-forma intrínseca: La gracia santificante.

Cuasi-forma extrínseca: La caridad.

La caridad es más importante que las demás virtudes, pero si no las informa, no hay caridad. Cuando falta totalmente una virtud, es que no hay caridad, no hay virtudes cristianas, salvo la fe y la esperanza muertas, informes.

4.- En cuanto al grado: La caridad no tiene límites, es indefinida: "Sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso". "Habiendo

amado a los suyos, les amó hasta el fin".

Expresiones: **Dar la vida:** Supone estar dispuesto a darla por cada uno, lo que integra lógicamente cada cosa de la vida: Bienes externos (dinero, libros...), dejándome mover por el Espíritu Santo.)Estoy dispuesto a darlo?)Lo doy a quien creo que Dios quiere que se lo de? Tiempo: La relación inmediata es Cristo.)Cómo quiere Cristo que emplee el tiempo que me da? Fuera expresiones como "no me dejan...", "me interrumpen", "me hacen perder el tiempo". Dígase lo mismo de la inteligencia y de todas las cualidades. TODO.

Desgastarse por los demás: Sin límites, con conciencia de unión actual con el Espíritu Santo. No es verdad que se tenga que conservar ahora la vida, para servir mejor después. En cada momento tengo que hacer lo que me mueve el Espíritu Santo.

La propia conservación merece poca atención.)Puedo plantear la vida de cara a morir de hambre, porque muchos mueren así? Los moralistas dicen que no. Pero sí que es una vocación cristiana posible. No es que necesariamente tenga que suceder así, que Dios quiera que lo haga yo, pero puede quererlo.

Servicio no es igual a hacer favores: Los servicios los hacían los Apóstoles, pero Cristo no. El servicio de Cristo es de otra manera, dispuesto a hacer cualquier servicio. **Total pero expresado en un línea.** "El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir, dando la vida en rescate por muchos". El sacerdote sirve haciendo lo que tiene que hacer y servirá de otro modo o en una situación de necesidad grave o cuando sea necesario un testimonio especial.

No se trata de que el sacerdote tenga mucha dignidad, sino porque puede hacer cosas que no puede hacer nadie más que él. Y muchas veces, cuando el sacerdote se pone a hacer cosas que pueden hacer los seglares, está impidiendo que lo hagan ellos.

Hacer favores: Un esclavo está en deuda, no hace propiamente favores, pues está en dependencia absoluta. Lo que tengo que averiguar es si Dios quiere que haga esto al prójimo. Si Dios no lo quiere, no puede hacerle bien. El servicio es respecto de Cristo y así participamos de su dominio.

No podemos nunca protestar, pues los demás tienen que tener la conciencia de que no nos piden un favor, sino al revés. Más esclavitud que tiene una madre respecto de sus hijos, no tiene nadie y, sin embargo, la madre no tiene sensación de molestia, de hacerle un favor a sus hijos. Todo miembro del cuerpo es esclavo de los demás.

Como la caridad es misterio, a veces servimos a la gente de manera que no capta el sentido de nuestro servicio. A veces le servimos a la gente, diciendo que no.

PECADOS CONTRA LA CARIDAD

Cualquier pecado lo es contra la caridad, porque es rechazo del don de Dios, que es Amor, entrando en juego la autosuficiencia y la autofinalización.

a) **Pecados de omisión:** Cuando sabiendo o debiendo saber que tal cosa ayuda al prójimo y yo lo puedo hacer (Dios me capacita), no lo hago.

Puede ser el pecado de omisión próximamente consciente. Pero también remotamente culpable, porque he rechazado anteriormente gracias y dones que me capacitarían para obrar ahora.

"El que teniendo bienes de este mundo, ve pasar necesidad a su hermano y le cierra las entrañas, ¿cómo diremos que que la gracia de Dios está en él?". Y si tiene bienes del otro...

Hace falta enorme humildad, pues no sabemos la responsabilidad que tenemos frente a Dios. Hemos hecho cosas que pueden haber causado un mal tremendo...

Siempre que me dejo mover por Dios, hago un bien inmenso, pero cuando no lo hago, el mal también es inmenso.

No se trata de angustia en toda esta consideración de nuestros pecados de omisión, sino de contrición.

El pensamiento dominante debe ser el gusto por hacer el bien, porque la caridad acaba produciendo gusto, nos da visión optimista de la vida.

La contrición deshace mi trama egoísta y me capacita para ayudar al prójimo con caridad inimaginable.

b) **Escándalo:** Es toda acción que obstaculiza la acción del Espíritu Santo en otro. Es escándalo cualquier obstáculo para la santidad, para la virtud. Cualquiera que no responda a la gracia de Dios está dando escándalo, porque no da el testimonio que debía de dar, testimonio con el que Dios cuenta. Eliminar el testimonio es el escándalo más grave, aunque no choque o no se note.

Hacemos cosas que están mal. Peor cuando menos se notan. Así confirmamos a los demás en el mal que hacen.

Tenemos miedo a chocar, a resultar raros.

c) **Murmuraciones:** Con la murmuración ayudamos a los demás a tener poca caridad, contra el impulso del Espíritu Santo.

"El que escandalice..., más le vale que le aten a una piedra al cuello y lo

echen al mar". Debe ser gravísimo. Además es progresivo, porque nos vamos privando de gracias sucesivas, que influyen negativamente...

d) **Juicios:** Cuando Dios no encarga juzgar, no da luz para ello... Están clara, inmediata y explícitamente condenados los juicios sobre personas e intenciones.

La dificultad de otros juicios es que rebajan la visión de fe y de la caridad. Importa sobre todo la verdadera comprensión de la persona de quien hablo o con quien hablo. Pedir a Dios la gracia de hablar bien de todos, incluso naturalmente.

e) **Ira:** Es la forma de tratar a los demás.

f) **Mentira:** Todo lo que quita a otro la verdad, que Dios le da y tiene derecho. Este es el prejuicio.

Es preciso aprender a tratar a los demás como queremos que nos traten, teniendo en cuenta cómo soy y cómo son los demás. Hay que procurar hacer este trabajo de actualización que nos deja siempre muy humildes, porque nos damos cuenta lo fácil que es no atinar y que de hecho no atinamos.

Para terminar, es preciso actualizar que el sacerdote es el hombre de la caridad, que en él toma el nombre de "caridad pastoral". El sacerdote ha de vivir inmediata y explícitamente de la caridad, no de la justicia y así dar testimonio de ello. Y esto, porque el sacerdote vive de la unión inmediata y explícita con Cristo. Ni puede quedarse el justicia meramente, ni tiene en él sentido alguno la propiedad privada. Todo en él, como en Cristo, es para la entrega.

(Apuntes de clase).

SOBRE LA CARIDAD

Entramos en la materia más importante de este curso de vida espiritual. Ya que la perfección consiste esencialmente en la caridad. Por supuesto, en sí es mucho más importante cuanto hemos tratado acerca de la Trinidad o de Cristo, pero la revelación se ha hecho para que amemos. La vida espiritual es la fe que obra por la caridad. La misma fe -base de toda la vida cristiana- sería inútil sin la caridad.

Este esquema es un esbozo. Debemos completarlo de aquí a fin de curso. Tratemos de momento de sentar claramente unas bases indiscutibles.

La vida cristiana es la vida filial respecto del Padre. La vida del Padre consiste en que se conoce a sí mismo, al Hijo y al Espíritu Santo y en su Verbo - el Hijo- a toda la creación e incluso toda posibilidad creable y en que ama al Hijo, al Espíritu y a sí mismo. El término de su conocimiento es el Verbo, el término del amor del Padre y del Hijo es el Espíritu Santo.

Si nosotros tenemos en verdad la vida del Padre, conocemos y amamos como El. Nuestro conocimiento participado es la fe, nuestro amor participado es la caridad. El acto vital del Padre -hablemos a nuestro modo- termina en la procesión del Espíritu Santo; el acto vital, que ya es múltiple, de nuestra vida cristiana termina en la caridad, en el amor al Padre y a Cristo y al Espíritu Santo. Sin esto no tenemos la vida de Dios, aunque poseamos alguna participación vital (la fe y la esperanza).

Por tanto el fundamento activo de nuestra caridad es el amor que nos tienen las Personas divinas y que se nos transmite por Cristo hombre: "En esto consiste la caridad, no en que nosotros amamos a Dios, sino en que Dios nos amó primero y nos entregó a su Hijo..." (Aquí sería necesario transcribir todos los textos del Nuevo Testamento, en que se nos afirma el amor de las Personas divinas. De momento se puede ver el esquema sobre el Evangelio de San Juan, I Jn 3,1-3; 4,7-8. Cfr. igualmente Rm 5,5). En la primera carta de San Juan tenemos varias expresiones de que la caridad es el fruto de la generación divina: 3,9-10; 4,7; 5,1. Pero toda ella está empapada en la misma idea.

Todo esto lo expresamos diciendo que la caridad es una virtud teologal infusa. Si distinguimos lo que es un amor en sentido pleno, encontramos no el simple amor llamado de concupiscencia, ni siquiera el de mera benevolencia, sino el de amistad, por el cual hay participación de bienes. Ahora, la amistad es tanto más intensa y estrecha, cuanto los bienes son más personales, más íntimos y más íntimamente poseídos por los amigos.

El amor de caridad, según lo ya dicho, es una participación analógica del

amor con que se aman -poseyéndose en circunsesión- las tres Personas divinas. Es absolutamente imposible una amistad más íntima, pues ellas nos aman a nosotros, a cada persona como tal, y nos introducen en su propia vida comunicándose ellas mismas. No poseemos algo de Dios, sino a Dios mismo y, con Dios Padre, a su Hijo y a su Espíritu, a la manera que ellos mismos se poseen.

Pero la participación de este amor me hace a mí comunicarme también. Todo amor real me lleva a darme, a salir de mí hacia afuera, hacia otro. El amor es propiamente extático. Ahora en el nivel natural lo es en un sentido: Partiendo de mí voy hacia otro. En el nivel sobrenatural lo es doblemente, pues acepto además vivir desde otro y hacia otro. Esto es lo que significa la fórmula del bautismo -"En el nombre del Padre..."- enseñada por Cristo, según la exégesis más aceptada.

Solo con esto es ya fácil comprender varias cosas de suma importancia. Y en primer lugar que la caridad es un misterio, cuya realización depende de la fe. Psicológicamente no podemos amar a unas Personas, de modo plausible, sino en cuanto las conocemos como dignos de amor. Pero, sobre todo, Dios se ama conociéndose plenamente y sólo participo plenamente de su modo de amar cuando lo conozco como El se conoce. La caridad se ha revelado, constituye toda ella un mandamiento nuevo. Y es fruto de la revelación de nuestra relación filial con el Padre, de nuestra unión con Cristo y de nuestra intimidad con el Espíritu Santo. Y esto es de incalculables consecuencias para la predicación, pues la orienta en un sentido absolutamente distinto. Y lo mismo hay que decir del amor al prójimo. Dios ama como Padre sólo a quienes pueden ser sus hijos, no al hombre por serlo (los condenados, por ejemplo). Solo amamos fraternalmente a los hombres en cuanto capaces de ser hermanos y de entrar en la comunicación personal de la Trinidad.

Así, partiendo de su realidad ontológica, como dinamismo amoroso, en su sentido pleno de comunicación mutua, la caridad tiene por objeto material las Personas divinas (de fe definida) y las personas capaces de comunicarse con ellas (ángeles y hombres no condenados). Sin embargo, hay que notar que la afirmación, según la cual amamos a Dios y al prójimo con la misma virtud, con el mismo dinamismo, es una sentencia común y presentada como cierta, pero no definida en absoluto. No es de fe por tanto. Lo cual tiene importancia a la hora de establecer conclusiones.

El motivo formal es la bondad de las Personas divinas, en cuanto se nos quieren comunicar por amor, para hacernos bienaventurados. Igualmente esto es tesis común y cierta; pero tampoco hay definición alguna que pueda alegarse en

su favor. Por supuesto es de fe que las Personas divinas nos aman y se nos quieren comunicar; lo que decimos que no es de fe es que esto constituya el objeto formal de la caridad.

Pero de todo esto se concluye con certeza la universalidad objetiva y subjetiva de la caridad.

Objetiva: Quiero decir que amamos a cada una de las personas capaces de entrar en relación con las Personas divinas. A cada uno de los ángeles, a cada uno de los santos, a cada una de las almas del Purgatorio, a cada uno de los hombres de la tierra... Si uno solo dejara de ser amado, querría decir que no existe la caridad.

Subjetiva: Queremos decir: Se ama con todas las fuerzas. La caridad es una cualidad, no una especie de instrumento nuevo que eleva nuestras facultades volitivas y afectivas ya existentes (voluntad y sensibilidad) para amar por motivaciones y con fines sobrenaturales. Es decir, que la caridad hace que tales capacidades naturales se muevan al impulso de Cristo, que Cristo pueda usarlas, como yo uso mis miembros para realizar las acciones que quiero llevar a cabo. Por tanto, no rechazo positivamente la caridad, mientras no consiento con la voluntad - facultad rectora- en una desunión positiva total o un deseo o complacencia de mal grave -concepto ciertamente relativo- para el prójimo. Pero si no he llegado más que a eso, quiere decir que la caridad es mínima.

Vivir la caridad significa que amo a cada prójimo por motivaciones y para fines sobrenaturales, que ordenan y mueven las motivaciones y fines naturales, pero con la voluntad y la sensibilidad. En la práctica: que amo a cada uno, no por razones predominantemente ni menos exclusivamente naturales, no por sensibilidad, pero sí sensiblemente.

Todavía podríamos decir que la caridad es objetivamente universal, en cuanto que incluye todos los bienes posibles, en su ordenación jerárquica, según el querer de Dios, como deseables o realizables para el prójimo. Reducir los bienes perseguidos para el prójimo a lo natural es no tener caridad. Pues el Padre nos da todo. Pero el que tiene caridad, aun sin reflexión, desea y prodiga las cosas según su importancia.

Por lo demás la caridad tiene un orden. Siendo yo el sujeto que ama - aunque movido por Cristo- y las Personas divinas el objeto formal, la intensidad de la caridad, que es un dinamismo, un movimiento, se mide por la relación conmigo y la estimación por la relación con Dios. Así me alegro más intensamente del bien menor de mis padres que del bien mayor de otros, pero me alegro del bien de los otros también y los aprecio más, es decir, los juzgo más estimables, más dignos del bien que Dios les ha querido dar. Santo Tomás supone

que en el cielo el orden de la caridad no tendrá más motivación que la relación con Dios (Por supuesto aquí no hay nada definido; pero es claro y es prudente establecer así las relaciones con los demás. Es cierto por otra parte que no hay que preocuparse de matizar excesivamente).

El amor a sí mismo: Se habla a veces de que parece que la caridad me lleva a no amarme a mí mismo. Esto es irracional desde todos los puntos de vista. Yo puedo considerarme -por una especie de abstracción- como tal persona sin relación con Dios y entonces es evidente que no sería objeto de caridad. Pero yo debo considerarme como miembro de Cristo, amado por las Personas divinas y entonces necesariamente participo del amor que me tienen. Ahora no hay más que aplicar la regla anterior. En cuanto a la intensidad, amaré primero a las Personas divinas y luego a mí y después a los demás, según su orden de relaciones. En cuanto al aprecio estimaré más a muchos otros.

Lo que hay que tener en cuenta, en la práctica, es que en la valoración de los bienes concretos yo puedo siempre obrar con cierta seguridad, pues conozco mi capacidad, lo cual no me sucede con los demás. Por eso en cuanto a los bienes materiales o naturales, en sí, estaré siempre dispuesto a anteponer al prójimo, pero en cuanto a los espirituales nunca. El orden, pues, sería: Bienes espirituales propios - bienes espirituales ajenos - bienes naturales propios - bienes naturales ajenos. Pero, en multitud de ocasiones, el ceder el bien natural propio es un bien espiritual para mí. Por eso en la práctica se puede establecer: - bienes naturales ajenos - bienes naturales propios.

(La frase de Bernanos: "Odiarse es más fácil de lo que se cree. La gracia es olvidarse. Pero si todo orgullo muriera en nosotros, la gracia de las gracias sería amarse como a uno cualquiera de los humildes miembros de Cristo").

La caridad y el amor natural (filantropía): Son dos niveles ontológicamente diferentes. La distinción viene del hábito que actúa, pero en la práctica podemos atender a los motivos, a los fines y a los medios. La caridad, en la medida que lo es, se complace en las motivaciones sobrenaturales -relación de los hombres con Dios-, aunque no deseché los naturales, cuando están ordenados (p.e. el amor a los padres; el amor natural está incluido en el mandamiento).

La filantropía, en un sentido absoluto, sería el amor a la persona humana por ser tal, sin relación con Dios. Un hombre, que ama a cada ser humano por ser hombre, será de verdad un filántropo. Esto se afirma expresamente (v.gr. Saint-Exupéry, "Tierra de hombres").

)Puede darse la filantropía? Personalmente yo creo que no. Pero en fin, si se da de hecho, puede pensarse -como en el caso de la ley natural- que se dará con gracia de Dios y en ese caso el rechazo de Dios sería inculpable y el hombre

estaría en realidad en gracia (santificante). O puede pensarse que va caminando hacia Dios con abundancia de gracias naturales. O que es posible que se ame a todos los hombres sin gracia. Y entonces, si hay repulsa de Dios positiva, expresa, sería una postura pecaminosa (gravemente, mortal). Si hay mera ignorancia de Dios, habría un acto parcialmente bueno, de bondad limitada, no rematada. Como se ve la cuestión es muy insegura y es extraordinariamente imprudente sacar consecuencias de la teoría de la filantropía.

Por lo demás, en la práctica, cuando vemos que un hombre actúa en una línea de filantropía, habría que examinar si no está obedeciendo a impulsos egoístas de autoestimación, voluntad de poder, complacencia en la actividad o en la ejecución, deseo de aprecio ajeno... Es ridícula la seguridad con la que de una conducta externa se concluye a una postura realmente filantrópica. Luego habría que ver si hay repulsa positiva de Dios, si hay culpabilidad en ella...

La norma práctica sería más o menos: Teniendo en cuenta que de la filantropía no puede de ninguna manera brotar la caridad, teniendo en cuenta que el hombre actúa de ordinario por pluralidad de motivos y teniendo en cuenta finalmente que una acción buena -aun limitada- en el orden natural es un bien natural y que muy probablemente (pero nada más) Dios acudirá con gracias actuales que van a dar un mérito de congruo a este acto, nuestra actividad con la gente será así:

Ante un cristiano: Precaverle contra las motivaciones que perviertan el acto. Anunciarle las motivaciones sobrenaturales. Ordenarle las motivaciones naturales buenas. Por supuesto, no acudir jamás a motivaciones malas.

Ante un no cristiano: Si podemos, anunciarle las motivaciones sobrenaturales, pero siempre precaverle contra las desviaciones que introduce el egoísmo. Insistir en la bondad de las motivaciones positivas de amor al prójimo (En un miembro de otra religión habría que insistir en las motivaciones verdaderas que su religión le ofrece).

Todo esto es de enorme importancia práctica en el momento actual.

El amor de caridad al prójimo es un amor de amistad, es decir, es la postura de entrar en relación personal (conocimiento amoroso) con él. No confundir el amor de caridad con la mera benevolencia, -que va incluida ciertamente, pero no es la esencia, porque es un grado menor que en último término puede no llegar a la categoría de amor- ni con la mera actividad exterior, de la cual habría que decir lo mismo. Se puede establecer un cuadro que responda al siguiente esquema:

Comunicación personal incluye: Comunidad de intereses, de alegrías, de tristezas... Gozo en la comunicación. Deseo interior del bien ajeno y tristeza

por el mal (con la universalidad objetiva y subjetiva y en el orden ya expuestos).
Realización del bien ajeno: Actividad para lograrlo.

La caridad y las demás virtudes

Teniendo en cuenta que virtud es dinamismo, tendencia, capacidad de obrar en dirección personal hacia las Personas divinas, se entiende inmediatamente que sin caridad, todas las virtudes son imperfectas, no son virtudes en sentido pleno, puesto que de hecho no pueden llegar a serlo. Aun la fe, que establece relaciones con Dios, no las establece en plenitud -ni aun en cuanto fe- si no va acompañada, movida por la caridad.

Por consiguiente la fe se presupone para la caridad. No se puede amar a Dios, si no se es capaz de conocerle. La procesión del Espíritu Santo es posterior a la procesión del Verbo, es más, el Espíritu Santo procede del Verbo; la participación analógica del Espíritu Santo, que es nuestra caridad, presupone la fe, procede de ella. Pero en nosotros puede suceder que mantengamos la capacidad de conocimiento sin la caridad: la fe se llama muerta, es una capacidad inerte, sin apenas dinamismo. La caridad le presta la plenitud de sentido.

Lo mismo habría que decir de la esperanza.

En cuanto a las demás virtudes se infunden, según la doctrina más común, con la caridad. Pero si son naturales, como sostienen algunos, no serán virtudes en su sentido pleno sin la caridad. El hombre tiene sus virtudes como participaciones de la vida de Dios. Son las consecuencias, los reflejos de las "posturas" paternas de Dios en él. Si no tiene la vida de Dios, carece de tales reflejos. Esto es evidente.

La caridad, se dice por esto, es la forma (sentido escolástico) de las virtudes: es la que les presta la forma de virtud, mientras que la materia es el hábito concreto. Por eso las virtudes son los hábitos con que opera la caridad en los diversos terrenos en los que el hombre se mueve. Por ejemplo, amando al hombre, deseo su bien, pero yo tengo un contrato con él; entonces el sentido de justicia me hace percibir inmediatamente que es un bien para el hombre que cumpla el contrato que le he hecho. Tengo pues un acto de justicia imperado por la caridad. Otras veces no hay virtud en medio, sino solo un acto de caridad. Es importante llegar a entender, en la mayor extensión posible, cómo las virtudes -y lo mismo habría que decir de los mandamientos- dependen ontológicamente de la caridad.

Por otra parte se comprende que cualquier repulsa de cualquier virtud me hace perder la vida de Dios, que la caridad no puede permanecer, si rechazamos

una virtud cualquiera. La caridad, el amor de Dios, al hacernos penetrar en su vida nos da connaturalidad con él y por consiguiente nos da connaturalidad con la virtud, participación de su vida, cualquiera que sea. Lo mismo hay que decir de Cristo hombre. Por eso el conflicto que a veces se plantea entre la caridad y otra virtud es ficticio. Lo único que puede plantearse es si en este momento tengo que ejercitar tal o cual virtud, lo cual es ordinario en la vida humana en todos los aspectos.

La caridad vale más, por ejemplo, que la obediencia o la prudencia, pero estas dos virtudes son las que me indican en qué momento debo ejercitar un acto concreto de caridad o no debo ejercitarlo. Y si no debo, en realidad no sería un acto de caridad, aunque lo realizara exteriormente, pues no actuaría movido por el Espíritu Santo.

En todo esto influye la distinción esencial entre la caridad como virtud interior que es y el ejercicio - e incluso la forma de incorporar la sensibilidad, que depende en grado sumo del temperamento-. Como depende incluso de las condiciones físicas. Volvemos a la necesidad de no juzgar, sin obligación y con prudencia suma, cuando tenemos que juzgar a los demás o a nosotros mismos.

Intensidad: La caridad de suyo es incomparablemente más vigorosa que cualquier amor natural. Sin embargo, puede estar participada por nosotros de tal manera que nosotros apenas somos capaces de actuar caritativamente. El crecimiento se manifiesta en la fuerza que de ordinario vamos experimentando para obrar, en la espontaneidad con que actúan en nosotros los motivos de la caridad y en la facilidad con que prescindimos de nuestros intereses naturales no imperados por la misma caridad, para buscar los del prójimo, los de la comunidad, los de Cristo.

Podríamos medir el avance de nuestra caridad con tres normas prácticas:

Primera: Comparación con la actividad de Cristo, con su voluntad permanente de morir por nosotros.

Segunda: Comparación con el amor paternal - maternal humano, teniendo en cuenta la distinta valoración de las cosas que produce la fe y no menos la limitación que da la enorme multiplicación de personas a que acude la caridad.

Tercera: La disposición a dejarme despojar de cada cosa, tendencia, gusto, conveniencia y, sobre todo, derecho, hasta la propia vida. Es evidente que así nos ama Jesucristo y así es el amor que nos infunde.

Finalmente ofrecemos un esquema de textos del Nuevo Testamento acerca del amor al prójimo. Hay que tener en cuenta que es muy incompleto. Habría que aportar los textos en que se nos habla del amor de Dios, de Cristo, del

Espíritu Santo a nosotros; los textos en que se nos habla de nuestro amor a las Personas divinas. Nos limitamos a los textos referentes al amor fraterno y según una visión también parcial. Se debe completar anotando las diversas motivaciones, la medida en que se insiste en la caridad proporcionalmente a la insistencia de las demás virtudes. Y así otros aspectos. Sin embargo, en lo referente al amor al prójimo el esquema aporta probablemente todos los textos con muy pocas excepciones.

(Notas de unas lecciones de Espiritualidad a religiosas).

LA VIRTUD DE LA CARIDAD

Dejo aparte, por meditada, la caridad para con Jesucristo en sí mismo, en su individualidad, con su humanidad. La complacencia en El, la complacencia en su amor a mí. El "me ama más que estos", que es ciertamente el fundamento de los demás aspectos. Pienso solamente en el amor a Cristo en sus miembros, a los miembros de Cristo...

I.- La caridad es un don: virtud infusa

No algo que yo tengo que fabricar, ni siquiera acrecentar, sino actitud, energía que tengo recibida y cuyo crecimiento me ha de ser dado momento tras momento.

Es objeto de esperanza. Y he de esperarla donde Jesús promete darla: ante todo, en la Misa, en los sacramentos, que recibo y administro. He de ser más consciente y he de desearla más explícitamente. En verdad cada jornada mía está saturada de ocasiones de recibir caridad; una trama de actos de caridad, moralmente ininterrumpidos. Por ello, además de la preparación más intensa a todos los actos litúrgicos, he de insistir en la actualización de cada acto, para que sea realmente ministerial, precisamente por el ejercicio de la caridad ya poseída, siendo acto de Cristo Sacerdote en mí, como ministro suyo.

Esta actualización no solo no complica, sino que simplifica la vida. Elimina cualquier actuación indebida, de fines dispares y al ordenarlo todo me confiere la simplicidad orgánica en que consiste mi participación de la simplicidad paterna divina. Puede suceder a veces que me sienta más complicado, como siente más dolor el recién operado, pero es sensación mal interpretada, pues de hecho estoy eliminando motivos de dispersión y por lo mismo complicaciones ontológicas.

Aun los actos imperfectos, v.g. echar un cigarrillo, pueden ser ocasión de crecimiento en la caridad, por la esperanza, la humillación, la comprensión y la cruz que ocasionan. Igualmente los actos imperfectos o pecaminosos, semideliberados o indeliberados, una vez que reflexiono sobre ellos.

Evidentemente las fuentes principales son la Misa, la confesión como penitente, el rezo de la Liturgia de la Horas y la oración ante el Sagrario.

II.- La caridad es un misterio

He de crecer, ante todo, en fe. Y procurar discernir con frecuencia lo que hay de fe y lo que hay de carnal (modo de ser, virtudes naturales, maneras sociales, impulsos de afecto, compasión, actividad, gusto por las elucubraciones, sociabilidad, impulsividad en la comunicación humana...) y, por supuesto, lo que hay de vicio en el ejercicio de actos que materialmente podrían ser de caridad. Todo lo que acrecienta la fe, acrecienta la caridad, al menos fontalmente y, dada mi vida actual, probablemente de manera inmediata y explícita.

III.- La caridad es un aspecto fundamental

En cierto sentido, respecto del ejercicio de la fe y de la esperanza y totalmente, en cuanto al resto de las virtudes.

Por ello, al meditar mañana en algunas virtudes particulares, he de cuidar esmeradamente de ver su relación con la caridad pastoral (la prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza, la castidad, la obediencia, la sobriedad...). El ejercicio de virtudes menores, pero requeridas muy frecuentemente, como la mansedumbre, puede convertirse -y creo que tal es el plan de Cristo- en ejercicio fructuosísimo de caridad.

IV.- La caridad y sus motivos y fines

La caridad tiene sus motivos, sus fines y sus medios y modos peculiares de ejercicio.

Para mí el motivo más inmediato, por el momento, es la visión de Cristo en quienquiera: "Cuanto hicisteis a uno de éstos..." Notar que esta posibilidad de ejercer la caridad es una comunicación del amor de Cristo -y del Padre y del Espíritu- más notable: Podemos llevar una vida divina sin necesidad de buscar ocasión alguna; pues al prójimo lo tenemos siempre a mano... Ocasiones de obrar por caridad son realmente ininterrumpidas, de una u otra manera...

Los motivos son simultáneamente los fines: el deseo de perfección en la santidad para cada uno; que toda mi personalidad se lance, arda, para que éste y el otro alcancen la perfección eterna; también en la felicidad. La visión de cada persona como posible santo y posible "precito"... Destruir cuanto hay en mí de connivencia con la mediocridad general, que despacha con un "(Dios es muy bueno!" el enorme problema eterno del ser o no ser de cada otro... Que el "(somos tan poca cosa!" no sirve de tranquilizante y analgésico; pues si somos poca cosa, podemos ser mucha y, en todo caso, somos personas de soberana grandeza e importancia y majestad... Una persona que vive de caridad, (no es

ciertamente poca cosa! Santa Teresa piensa que si viéramos un alma en gracia (creeríamos que era Dios!

Mientras pueda vivir sin el acucio continuo de la santificación de uno y otro, sin el terror estimulante de que tal o tal (incluidos todos los ignotos) se condene, mi caridad -mi personalidad- es insuficiente. Sueño, comida, bebida, diversiones, actividad, conversaciones, todo debe estar organizado espontáneamente desde y por esta realidad. Tal debe ser el motivo de todos mis actos.

(Aunque no quiero entrar todavía en exámenes de conciencia, (cómo se advierte el egoísmo, la mediocridad y aun la tibieza y el pecado con la mera enunciación de tales realidades, la mera descripción de la caridad!).

Ahora son las 5 y voy a dedicar un par de horas a continuar la meditación sobre la caridad pastoral.

La caridad tiene su medios:

a) **La oración de intercesión.** Ante todo, la oración litúrgica, llevada a término con mucha más intensidad y más actualización. Y por supuesto con más consecuencia. Es decir, con más intercesión no estrictamente litúrgica -salvo el sentido litúrgico que le confiere el que es oración de ministro- tanto en más tiempos explícitos y exclusivos, como en más actualización en cualquier momento. Certeza del valor salvífico de mi intercesión. La caridad debe consumir muchísimos pensamientos inútiles, recuerdos, fantasías, proyectos.

También aquí se esclarece el valor del desprendimiento práctico. Poseer en materia, conocimiento, deseo, lo menos posible, excepto lo que brota de la caridad pura misma...

b) **Expiación:** No quiero proponer aflicciones corporales aditivas. Tampoco me las prohíbo como planteamiento. Simplemente seguiré el soplo del Espíritu, momento tras momento. Pero debo atender a contradecir la impulsividad interior y corporal lo más posible. Personalmente, pero como signo cuasi-sacramental de todo el Cuerpo místico...

c) **Testimonio:** Atención a las inspiraciones del Espíritu. No he de crearme tensiones; pero sí debo advertir que mayoritariamente vendrán del Espíritu aquellas realizaciones que no concuerdan con mis tendencias carnales. Y

tampoco siempre para ser realizadas ya; pero sí al menos, para dejar campo abierto a futuras realizaciones, que acaso ya sean iniciadas, siquiera en la aceptación interior.

Para todo esto, ir anotando los aspectos que faltan por considerar.

V.- La caridad es amar al prójimo como Cristo le ama

Ciertamente tiene su valor indicativo el "amar al prójimo como a sí mismo", el "tratar a otro como quieres que te traten a tí"; pero en el Nuevo Testamento tales expresiones están condicionadas por la primera. No es ya que la caridad levanta ciertas relaciones naturales, sino que funciona en otro nivel y crea nuevas relaciones. "El que cumple la voluntad del Padre que está en los cielos, ese es mi madre..." Y dado que la caridad pastoral sobre todo es creadora (acrecienta a la criatura en gracia, produce vida) me lleva a amar a todos de modo que puedan y de hecho sean "mi madre", ya que cumplirán la voluntad del Padre.

Por eso el impulso de la caridad pastoral es el mismo de Cristo, me induce a dar la vida por cada uno, en disposición de cada momento. Me lleva a amar al prójimo, porque es un miembro del mismo cuerpo que yo... con idéntico realismo al que hace funcionar los miembros corporales en el cuerpo.

Mis modelos de caridad son:

.- Cristo mismo: En su vida terrena, su vida celestial, su vida en la Liturgia, su vida en la Iglesia, en los santos canonizados.

.- El Padre, a quien me remite y de quien me habla y de quien me ofrece experiencia. Y le conozco experimentalmente en Cristo mismo, por la acción del Espíritu Santo. Mucha atención en la Liturgia a la revelación de su amor.

.- Los padres humanos, sobre todo la figura de una madre de familia numerosa, simplemente normal. Actualmente es más bien extraordinaria en nuestras regiones... El instinto de la caridad pastoral debe llegar, sin embargo, incomparablemente más allá... Debo esperarlo. Y reconocer en los impulsos, conforme a eso, la acción del Espíritu.

Es palmario que entendida la caridad, ante todo como unidad, la oración, la expiación y el testimonio se remontan a alturas absolutamente impensables y ciertamente absurdas, a los ojos carnales.

VI.- La caridad es universal

a) **En cuanto a las personas:** Amo muy poco a las almas del purgatorio.

Pido muy poco por ellas y ese poco, con muy poca conciencia.

Mi falta de imaginación me hace muy ligeramente real el sufrimiento, el pecado, el peligro de purgatorio e infierno de las multitudes. Unas, por lejanas corporalmente; u otras, porque estoy embotado y no advierto su realidad personal, en que se dan esos sufrimientos y peligro. Y sin embargo, para cada una de ellas, el amor ministerial es amor maternal.

Tengo todavía ciertas acepciones de personas, no muchas ni muy intensas, desde luego. Se manifiesta en el cuidado de reservarles lugar. En esto creo que he ganado mucho... Pues no es así como les ayudo ni a ellas mismas... Por lo demás, siempre son cesiones, jamás -creo- iniciativa propia.

Pues la caridad tiene su orden, en cuanto al ejercicio externo: Ante todo, el encargo, la misión recibida en dirigirme a tales o tales personas. Luego la necesidad.

Amo bastante, aunque siempre pobremente, a los santos.

Mi amor a personas muy lejanas se realiza por la oración y la expiación; pero también porque algunos o muchos, de los que me tratan, pueden llegar a ellos, incluso físicamente...

b) **En cuanto a los objetos:** Cualquier bien es materia de caridad. De los materiales, debo prescindir más y más en bien de los pobres. Y así les doy algo más a ellos (lo que haría con un hijo).

Doy testimonio a todos.

Se me ahonda la caridad y predico más y mejor.

Expío por todos.

Comparto los males de los pobres. Es lo que ha hecho Jesucristo.

En esta materia debo meditar un poco más si no he recibido una vocación un tanto especial, facilitada por la innegable salud corporal. Pero he de cuidar de no reducir a vocación particular lo que el Evangelio promete a todos. Y no perder de vista que en el mundo actual, en los ambientes europeos en que nos movemos, la caridad es una exigencia evangélica universal en un grado que ciertamente no alcanzaba antes. Por la profundización del Evangelio mismo y por el conjunto de circunstancias que se conjugan (comunicación universal; excitación psicológica a la posesión; condiciones de miseria espantosa, provocada por la riqueza de otros; intensificación de la conciencia del valor personal humano...). De hecho nos encontramos siempre en las circunstancias que los santos han juzgado extremas en otras épocas...

c) **En cuanto a las virtudes,** ya lo tengo apuntado. Examinar después

mis vicios y virtudes en relación con la pastoral.

(Diario.Año de 1986).

LA IGLESIA Y LOS POBRES

La alegría de ser hijos de Dios está en la tierra mezclada con la tristeza motivada por el hecho de que muchos no reciben a Cristo.

A Cristo le recibimos de manera refleja, al recibir sus palabras. Al recibir a Cristo, El produce en nosotros la caridad. Las palabras de Cristo le significan a El y por ello nos remiten al resto de sus palabras.

Ante todo, **la caridad es activa**. Es positiva y total. Si no recibimos la palabra de Cristo, no le recibimos a El y nos quedamos sin vida. Así lo vemos, por ejemplo, en la parábola de Lázaro y Epulón (Lc.16,19-31); éste es condenado simplemente por no recibir y no atender al pobre; no hace nada positivo contra él, pero al no recibirle se condena: si observamos detenidamente, no encontramos en la parábola otro motivo de condenación del rico que éste. Y algo parecido hemos de decir de la parábola del samaritano (Lc.10,29-37): probablemente no nos encontramos entre los que hieren al hombre que va de camino, pero ¿estamos entre los que le atienden?

Cristo nos dice en estas parábolas: "Mira, esta manera de vivir es en realidad muerte y yo te quiero infundir una caridad hasta el extremo, indefinidamente, siempre en crecimiento". En las parábolas, la caridad produce un fruto. Cristo nos envía para que demos fruto, un fruto abundante y duradero (Jn.15,16). Y como el amor de Dios excede todo límite, no podemos imaginarnos hasta dónde vamos a llegar. Poner límites es falta de esperanza en el amor de Cristo que quiere hacer fecunda a su Iglesia. Poner límites es no haber conocido y creído bastante el amor que Dios nos tiene.

El fruto de la caridad es gozo. El que ama disfruta amando, aunque en este mundo el amor incluya sufrimiento y aunque a veces nuestro egoísmo rechine.

En vivir o no vivir la caridad se juega la vida eterna de cada hombre. Y se juega el testimonio visible de la Iglesia, que es el que convierte.

En 1 Cor.12,28, antes de hablar de la caridad, se habla del don de profecía; ésta consiste en hablar en nombre de Dios, y a todos los cristianos nos compete el anunciar a los demás el designio de Dios, también en lo que se refiere a la caridad.

En 1 Cor 13 encontramos el 'Himno a la caridad'. Es necesario que lo leamos aplicándolo a nuestra relación con los pobres. Al tratar con los pobres, ¿lo creo todo?, ¿lo espero todo?...

Cristo me ama totalmente y quiere que realice la tarea completa:

poseyendo la caridad de Cristo, la Iglesia tiene que tener la capacidad de que la gente no muera de hambre. Para ello, lo primero que se inicia es un movimiento de conversión: de mí mismo, en primer lugar, de aquellos a quienes hablo y de aquellos que no conocen a Cristo, a los cuales se dirige el testimonio de caridad; en efecto, si no conocen a Cristo, es que mi caridad es poco cristiana y está poco cargada de esperanza. He de esperar también la conversión de los que todavía no conocen el misterio de la caridad: lo que Dios hace en mí lo quiere hacer también en ellos.

Se trata de una caridad que brota de la Eucaristía. Si hago cosas en favor de los demás sin comulgar es un escándalo, pues esas obras no manifiestan a Cristo. Pero si comulgo y no tengo caridad, entonces no es sólo que no manifiesto a Cristo, sino que le estoy deformando: es el máximo escándalo. Cristo me ama totalmente y es imposible que no quiera concedernos este testimonio.

Hemos de plantearnos cómo realizar la caridad, para que nos evangelicemos unos a otros. Y para que los pobres lleguen a evangelizar ellos mismos.)Me quema el que todavía los pobres no conozcan a Cristo?

En 1 Cor.1,26-28 se lee: "No hay entre vosotros muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos ricos..." Hemos de invertir por completo los criterios, con los que durante mucho tiempo se ha actuado en la Iglesia. Hay que evangelizar a los pobres: sólo así se convertirán también los ricos. Dios elige descaradamente la pobreza. Hay que cambiar la mentalidad que, en este aspecto, predomina en la Iglesia.

Tenemos la capacidad infinita de la caridad. Hemos recibido la misión de afianzar y acrecentar la Iglesia y estamos aquí para que la Iglesia se conmueva.

El Año litúrgico nos lleva a considerar a Cristo no como visto desde fuera, sino a que le experimentemos desde dentro. Hemos de plantearnos cambiar el ambiente y a ello hemos de aspirar; no que todos de repente vivan esta caridad, pero sí que las cosas sean al revés y que sea normal encontrar que lo que destaca son estos planteamientos y esta vivencia. Tengamos esperanza en este Año litúrgico. Esto es urgente. Hemos de pedir mucho, porque la base es la oración y la abnegación (renunciar a nuestros planes, impaciencia, etc.). Este Año litúrgico tiene que notarse.

(Notas personales).

MEDITACIÓN SOBRE LA CARIDAD

(Un escrito de fecha ignorada, que copio y aumento y que dejo abierto para meditaciones venideras. Fecha actual: 27 - Junio - 90).

Mt 5, 21-24:

No creo tenga ojeriza contra nadie; pero sí mucha indiferencia y aun leves reservas. Se nota en mis formas de hablar, de pensar incluso.

Realmente puede tener queja contra mí quienquiera haya sido objeto de: Respuesta brusca o indiferente.

Olvidado en la atención debida: Preterido en visitas. "Chasqueado" en sus esperanzas. Aquellos contra quienes he protestado. Los juzgados o censurados de algún modo. Los olvidados en mis oraciones, en sus dificultades. Los no favorecidos...

Todo ello debo tenerlo en cuenta al ponerme a rezar. Cada vez y actualmente, con acto de contrición y esperanza de enmienda.

Mt 7,12:

Hacer con cada uno lo que deseo hagan conmigo. No evidentemente en la misma materia; pero sí en el deseo de recibir bienes humanos y espirituales.

Que oren por mí. Que expíen por mí. Que me manifiesten amor. Que me comprendan. Que no me juzguen (salvo para ayudarme). Que no se entrometan en mis asuntos. Que no intenten gobernarme... Y desde luego que me dejen en paz, en paz real...

Naturalmente hay bienes que uno quiere, aunque no lo sepa. Y los bienes secundarios suponen el intento de entender al beneficiado, para prestarle el conveniente para él. Un moderado interés suele complacer a todo el mundo...

Mt 22, 34-40:

Amar es actividad: Hacer el bien; desear y procurar la perfección personal del "otro". Si falta tal interés, es que no hay amor. No agradar lo más posible, sino ayudar lo más posible...

Y... universalidad de la caridad. He de pensar en el enorme defecto que

supone mi desentendimiento de los pobres y pecadores de otros países...

Como a tí mismo: Para los de cerca y para los de lejos. Actualizar la idea:)Qué quisiera que me hicieran a mí? Y trasladarlo a su caso.

Notar que muchas cosas hago -u omito- que no desearía para mí... (No me refiero a la materialidad de las cosas o maneras de trato: soy muy raro).)No tienen motivo para dolerse muchas personas de quienes hablo, a quienes hablo, a quienes olvido? Los pobres de otras regiones...

Lc 10, 25-37: Parábola del buen samaritano:

Universalidad del amor: Actitud frente a cada pobre, problematizado... No "obligación moral" ante todo; sino ligazón ontológica, aceptación del impulso cristiano vivificante, que me crea a mí mismo en unión con el "prójimo", con el "aproximado".

Tal acercamiento, expresión de la cercanía (identidad) existente o de la exigencia de cercanía, quebrada por el pecado, incluye todas las potencias: Pensamiento, voluntad, sensibilidad, ejercicio práctico aun corporal (práctica de "caridad" externa, expiación, rezos...).

Comasión: No el mero movimiento sensible, que puede ser egoísta; sino el movimiento sensible bajo el impulso de la caridad: Misericordia. Compartir realmente no solo el sentimiento, sino las causas de los dolores y, sobre todo, el dolor mismo: Hambre, sed, frío, humillaciones, degradación, incultura, ignorancia de tantas cosas precisas... (Qué lejos estoy aún!

Jn 13, 34-35:

Amar como Cristo nos ama: Es convivencia con El. Sin límites... (Jn 15,12-13; 13,1).

Debo pararme:)Qué ha hecho Cristo por esta persona?)Qué he hecho yo?)Qué estoy dispuesto a hacer? En todos los aspectos... Postura de morir por ella... Ese es el punto de comparación: Desgaste... Naturalmente: Que me encarga Dios, interpretando su voluntad con estos puntos de vista que El me ha revelado...

Rm 13,8-10:

Nada añadido, sino que así se cumple la ley. En cualquier mandamiento, investigar su inspiración en la caridad. En cualquier momento observar en qué precepto concreto, particular se realiza la caridad como forma de las virtudes.

Col 3,12-15:

Distingue la caridad y sus modos. Que van incluidos.

"Sufriéndoos los unos a los otros": Mis frecuentes protestas interiores. No deseo eso para mí... Lo que el Señor hace con ellos. Obrar como cristianos: Con entrañas de compasión, benignidad, humildad...

Compasión: Ya aludida...

Humildad: Impide que me sienta ofendido...

Benignidad: Busca la interpretación favorable en lo posible. El deseo cristiano de bondad, produce bondad. La benignidad engendra benignidad, como la malignidad engendra malignidad: Gravedad de los juicios. Y la malignidad se expande sobre el maligno, creando nuevos pesares. Y la gente se desvive abrumada: El abismo que chupa (Ecclo).

Perdonar con Cristo: Función cristiana que tiene su máximo ejercicio en la absolución sacramental. Perdonar es acto positivo: suelta la separación; rellena el vacío causado por el pecado... No queda un recosido, un corcusido, sino que se restaura la continuidad resplandeciente de la persona santa.

Antes de la oración: Hay alguien que tiene queja contra mí (aunque no lo sepa), pedir perdón.

Si yo tengo queja de alguien ((aunque no lo sepa!), perdonar.

Fruto: la paz.

I Cor 13:

Inutilidad de las acciones en la medida en que no dimanen de la caridad. terrible: La masa acarreada de suciedad, de vanidad... pura pesadumbre. Con efectos en la sicología, que tanta lata dan ahora... Los hombres huecos... desproporcionados para las empresas requeridas. (Ver el sentido de las cualidades de la caridad en Spicq).

Mt 10,40-42:

Cualquier acto puede serlo de caridad. Un vaso de agua... Recompensa: Ante todo, el incremento de la caridad misma (Cfr I Cor 14,1: "Corred para alcanzar la caridad").

Pero es preciso observar los motivos: "Quien a vosotros recibe..." "En atención a que es profeta... que es justo... discípulo mío".

Intensificar la conciencia de que vivo entre bautizados, re-presentantes de

Cristo.

(Defecto grave mío: Sequedad, indiferencia. Ejercitarme en hacerme real y presente al sufrimiento de quien sea. Soy relativamente duro para mí... y puedo hacer sufrir a otros... aun con eso mismo).

Rm 14,19:

Cuidado de procurar la paz y de edificar: La Iglesia. Las personas que pueden saber las cosas... Evitar lo que escandaliza, aun al flaco. (Rm 14,15.20-21). No gastar energías en juzgar a nadie (ni aun en lo no pecaminoso); sino en pensar los modos de no causar tropiezos, promover la paz, edificar (Todo el texto: Rm 14,1-6. 10-21). Deseo de agradar en lo posible; edificar siempre.

I Cor 4,3:

No importarme ser juzgado. En efecto, ¿qué daño pueden hacerme? De hecho, maldito lo que me importa.

Amor a los pecadores:

Lc 19,5-9 (Zaqueo); 5,29-32 (banquete de Mateo); Jn 8,1-11 (adúltera); Mt 10,6 (ovejas perdidas de Israel); Mt 18,11 (oveja perdida); Lc 7,36-48 (mujer pecadora); Lc 15 (dracma, oveja, hijo pródigo...); Jn 3,17 (salvación del mundo)...

Mi celo por los pecadores... Poco sufro por ellos.

Amor a los enemigos:

A los que no me aman. A los que suelen hablar mal de mí. Amor "especial": Bendecirles. Orar por ellos. Hablar bien de ellos.

Dar, prestar, sin esperanza de retribución ((eso está hecho!). De buen empleo...

Doy con tacañería, tanto más grave cuanto tengo experiencia, muy abundante, de la generosidad divina; del ciento por uno... No cansarme: Acrecentar la experiencia. En todos los órdenes...

Ser misericordioso: Inclinar me sobre la miseria, la que sea. Que no quede inadvertida. Si, por ahora y explícitamente, solo puedo en lo material, pues hasta ahí. Y humillándome a pedir limosna (Que no es que me humille mucho...). Compartir toda miseria, como he dicho arriba. Esforzarme por imaginar la

pesadumbre de los despojados, abandonados, huérfanos, enfermos, angustiados, depresivos y deprimidos; los que se sienten solos ((o demasiado acompañados!); los que sufren injusticias, los mal comprendidos indebidamente... Y luego los que padecen por su culpa: Los soberbios, los vanidosos, malenamorado... El tormento de los pecadores en cuanto tales, por serlo... El purgatorio, el infierno... (Cfr. Lc 6,27-38).

No quejarme jamás de lo que se me haga; no comentarlo siquiera. (Hay tanto de qué hablar...!

Disculpar, dejarse, presentar la otra mejilla...

No parece costarme gran cosa... Pero a veces, en cosas muy chicas... (Mt 5,43-48).

La limosna:

De Cristo. Por Cristo. A Cristo.

Oculto en la intención. Pero patente en la ejecución.

Alegre. Sin medida. De lo necesario. Continua. Al que roba. Al que me roba (me engaña...).

Independientemente del uso que hagan de ella: Buen uso - es justicia. Mal uso - es misericordia.

Con sufrimiento mío. Sabiendo que recibiré con mayor abundancia. Que no doy de lo mío, sino que administro bienes de Dios... Que no hago un favor, sino que recibimos los dos favor de Dios. Me hago misericordia a mí mismo, al que da para otro...

Con ternura, siempre... Así se pone el corazón en el cielo. sin esperar satisfacción alguna en la tierra...

(Notas personales).

INDICE

FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"

Cuadernos publicados:

- N. 1: A José Rivera Ramírez".
- N. 2: "José Rivera. TESTIMONIOS I" (Agotado).
- N. 3: "La Teología". 20 Ed.
- N. 4: "El Espíritu Santo". 30 Ed.
- N. 5: "La Eucaristía". 20 Ed.
- N. 6: "La Caridad". 20 Ed.
- N. 7: "Meditaciones sobre Ezequiel".
- N. 8: "El Adviento" (Agotado. Ver N. 18).
- N. 9: "Meditaciones sobre Jeremías".
- N. 10: "La Cuaresma". 20 Ed.
- N. 11: "Meditaciones sobre los Hechos de los Apóstoles".
- N. 12: "CARTAS I".
- N. 13: "Semana Santa". 20 Ed.
- N. 14: "Meditaciones sobre el Evangelio de San Marcos".
- N. 15: "La vida seglar".
- N. 16: "La mediocridad".
- N. 17: "CARTAS II".
- N. 18: "Adviento - Navidad".
- N. 19: "Jesucristo". 20 Ed.
- N. 20: APOEMAS≅

Pedidos a: **FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"**

Apdo. 307 45080-TOLEDO

La **FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"** distribuye gratuitamente estos Cuadernos. Para los donativos, ingresar en:
 TOLEDO, Banco Central Hispano,
 C/C 0049-2604-41-1811068090

Toledo, 15 de Febrero de 2000